

SOCIEDAD COLOMBINA ONUBENSE.

MEMORIA

CORRESPONDIENTE AL AÑO

DE

1883

SOCIEDAD COLOMBINA

ONUBENSE.

MEMORIA

CORRESPONDIENTE AL AÑO

DE

1883



HUELVA.

IMPRESA DE LA VIUDA DE MUÑOZ É HIJOS.
CALLE PLACETA, NÚMERO 6.

1884

À ISABEL LA CATÓLICA.

LA FÉ.

NARRACION DEL SIGLO XV.

INTRODUCCION.

¿Quién eres tú, instinto generoso,
Que el dulce nombre de virtud pretendes?
¿Quién eres tú, destello luminoso
Que en viva llama el corazon enciendes?
Me preguntas quién soy? Abre la Historia
Y por doquier tropezarás conmigo.
Yo soy la libertad, yo soy la gloria,
El progreso del mundo es mi testigo.
Yo fabriqué con pompa soberana
De Salomon el templo refulgente;
A mi soplo la Menfis africana
Clavó en el cielo la robusta frente.
Yo derrumbé el altar del paganismo
En el fúnebre polvo del sudario,
Yo inspiré al Redentor tanto heroismo
Y yo planté la Cruz en el Calvario.
Por mí la casta vírgen resistia
El martirio brutal, firme y serena:
Por mí el anciano con valor moria
Del ancho circo en la sangrienta arena.

Yo derribo murallas seculares,
Fortalezas y montes de granito,
Y hasta en los senos de los turbios mares
Penetro con mi númen infinito.

Yo animé de Colon el pensamiento,
Yo le dí norte en las revueltas olas,
Yo impulsé sobre el líquido elemento
Las pobres carabelas españolas.

En el combate de asechanzas rudas
Yo sostuve al marino valeroso,
Y en día triste de mortales dudas
Hice tronar el bronce victorioso.

¿Saber mi nombre quieres? No te espante.
Yo me llamo la Fé, mi antorcha brilla
En la convulsa espalda del Atlante
Y mi gloria en el cetro de Castilla.

.
.
.

Una reina entregó con mano santa
Sus joyas á Colon!... *Escucha, espera,*
No me cantes á mí, si quieres, canta
Al noble arriague de Isabel primera.

EL CERCO DE GRANADA.

I

Agoniza el siglo quince
Y antes de entrar en la vasta
Sepultura de los tiempos
Hace profesion cristiana.
Sobre la caduca frente
Ostenta, en fulgor bañada,
La corona de ambos mundos
Que es la corona de España.

Y al hundirse para siempre
En lecho de cimitarras,
Llevando la Media luna
Prisionera en su mortaja,
Lega á Guttenberg su gloria
Y lega á Colon su fama.

II

—¿De dónde son esas crestas?

—Pues son de Sierra Nevada.

—¿Qué rio es aqueste?

—El Darro.

—Y estotro?

—El Genil se llama.

—¿Y esos altos minaretes?

—Las mezquitas de Granada.

—¿Se oye así de cuando en cuando
como ruido de bombardas?

—Es la gruesa artillería

De las tropas castellanas

Que vá cegando los fosos

Y rompiendo las murallas.

III

Largo y apretado sitio

Sufre la hermosa sultana

Que ostenta en sus maravillas

El palacio de la Alhambra.

Mucho valor tiene el moro

Avecindado en la plaza;

Recia puerta le defiende,

Cerrado muro le guarda...

¿Oyes? ¡Castilla vocea

Sobre el adarve asomada!...

Zegries y Abencerrages
Añejas rencillas calman
Partiendo como centellas
A defender la Alpujarra...
¡Trabajo estéril el suyo,
Al fin se rinde Granada!
¡Tras de ocho siglos de lucha,
Escrita por Dios estaba
En el libro de la historia
La reconquista de España!
En vano Boabdil el Chico
Predica la guerra santa,
En vano el valiente Muza
Los espíritus inflama,
Pues que la tromba argelina
Y el rayo de las Arabias,
Van de rebote á estrellarse
En las costas mauritanas.
Bien el moro se defiende,
Mejor el cristiano ataca,
Pelean dos religiones
Y se disputan dos patrias.

Corta noche veraniega
Huye veloz; rompe el alba
Ardiente día de Julio,
Y se oye el toque de Diana.
Sobre la mezquita entona
El *muezzin* su plegaria
Y el sacerdote cristiano
A la misa se prepara.
Suenan cajas y clarines
En las huestes castellanas,
Y á la puerta de una tienda
Que se mira blasonada

De armas reales, aparece
Entre una corte bizarra
De nobles y de guerreros
Una hermosísima dama.
Lleva férrea armadura
Sobre el corpiño y la falda;
Por diadema, duro casco
Y al cinto pendiente espada.
Son sus ojos dos luceros,
Su color la luna blanca,
Dióle el Sol su cabellera
Y su continente Palas.
¿Qué dama es aquesta? ¡Cielos!
Es la augusta soberana
De Leon y de Castilla
Que no teme á las batallas.
Es doña Isabel primera
La mujer extraordinaria
¡Ornamento de su siglo
Y gloria de las Españas!
El toque de los clarines
Hora de misa señala
Y la reina de Castilla,
Que blasona de cristiana,
Seguida de sus magnates
Hácia el campamento marcha.
Capitanes y soldados
Con entusiasmo la aclaman
Y ella reparte sonrisas
Y dulcísimas miradas.
En la meseta de un cerro,
De banderas musulmanas
Alfombrado, se divisa
Un altar; y sobre el ara
La pintura de la vírgen
Y un crucifijo de talla.

Media docena de cirios
Oscilantes por las auras,
Pálidos y moribundos
Al fulgor de la mañana,
Cárdena luz sobre el cerro
Chisporroteando irradian.
Un fraile de edad propecta,
Y de estatura elevada,
Con uno de esos semblantes
Que el espíritu retratan,
Ostentando noblemente
Las vestiduras sagradas,
Al pié del altar espera
Que llegue la soberana
Para dar con su permiso
Comienzo á la misa de alba.
A la derecha del fraile,
Con la rodilla apoyada
Sobre un pendon berberisco
Cogido frente á Canarias,
Un hombre de noble aspecto,
Y de presencia gallarda,
Madura ya por los años,
Deslucida y blanqueada
La cabellera abundosa
Que le llega hasta la espalda,
Escultural la cabeza,
Noble, magestuosa y brava
Como el audaz pensamiento
Que sus órganos inflama,
Los ojos fosforescentes
Y azulados, como el agua
De los mares, como el piélagos
Que bulle dentro de su alma;
Mostrando en su tersa frente
La firmeza y la constancia,

Y el relámpago del genio
En su potente mirada,
¡Quizá absorto en sus ideas,
Quizá fluctuando en las ansias
De un terrible desengaño,
Mudo y silencioso aguarda,
Por ver si brilla en los cielos
Un rayo de su esperanza!
—Colon, ¿en qué estais pensando?
Le dice el fraile en voz baja.
—Pienso, señor, le responde,
En ausentarme de España!...
Un viva marcial cundiendo
Por banderas y mesnadas
Anuncia, atronando el aire,
De la reina la llegada.
Aparece sobre el cerro
La heroína castellana
Y dáse con su licencia
Comienzo á la misa de alba.

IV

Promediando vá la misa;
Las aves de la mañana
Con dulcísimos gorgeos
La ceremonia acompañan,
Y al tiempo que el sacerdote
A Dios en sus manos alza,
Por las ventanas de Oriente
Teñidas de ópalo y grana,
Sale el sol y deposita
Un beso en la hostia sagrada.
El oficiante bendice
Campo, cerco, huestes y armas;
Termina la ceremonia,

Y entonces la soberana
Aproximándose al fraile
Le dirige estas palabras:
—Dirás á tu protegido
Cristóbal Colon, que vaya
Sin espacio ni demora
A mi tienda de campaña.
—Está muy bien, le contesta
El fraile, que es de la Rábida
Guardian, y luego fijando
En Colon una mirada,
Rápido le comunica
El triunfo de su esperanza.

V

Del ancho cerro la Reina
Por la fácil cuesta baja
Y revistando las tropas
Atraviesa la esplanada.
De pronto el combate fiero
Rompe en furiosa algazara,
Y los roncocos atabales,
Bélico estruendo levantan,
Y temblando el agareno
Sobre la rota muralla
Oye el crujir de las minas,
Y el tronar de las bombardas,
Y vé con fúnebres ojos,
Murmurando una plegaria,
Hundirse la media luna
Y capitular Granada.

LA ENTREVISTA.

Luchando con la emocion
Que lo embarga y lo enagena
Del brazo de fray Marchena
Entra en la tienda Colon.

Por la reina de Castilla
Es recibido al instante
Y de la reina delante
Dobla Colon la rodilla,

Y aquel génio del arcano
Por quien el mar gime opreso,
Una lágrima y un beso
Imprime en la régia mano.

Alza al marino inmortal
Del suelo Isabel primera
Y le habla de esta manera
Indicándole un sitial.

—El que piensa dueño ser
De los mares de Occidente,
Es muy justo que se siente
Ante una pobre mujer.

Colon, desde que te oí,
Me sentí en la llamarada
De tu génio iluminada,
Que era ciega, hablaste y ví.

Ví como tú tras la zona
De ése apartado hemisferio
La existencia de un imperio
Mayor que el de mi corona.

Y ví en la densa neblina
Del Poniente misterioso
Dormir en blando reposo
Una tierra peregrina.

Y evocado por la Cruz

Levantarse un Nuevo Mundo

Allá en el lecho profundo

Donde agoniza la luz,

Y uncirse al cetro español

Del mar la region extrema,

Y pasear mi diadema

En la carroza del Sol.

Esto ví, y esto soñé;

Que es verdad, que no es locura

Tu ciencia me lo asegura,

Y lo predice mi fé.

Corre, pues, surca el Atlante,

No vaciles, darte quiero

Carabelas y dinero

Y el título de Almirante.

¡Dios te inspira! ¡Dios te lanza!...

Pero al hallar á tu paso

Ese mundo que al Ocaso

Duerme como una esperanza,

No olvides que del Señor

Viene toda maravilla

Y que sobre todo brilla

El lábaro redentor!

Dice, y abriendo despues

Rico mueble de Estambul,

Saca un cofrecillo azul

Y lo entrega al Genovés.

En vano á Isabel primera

Pretende el marino hablar

¡Que no puede articular

Ni una sílaba siquiera!

Mas del alma á la virtud

Confía, puesto de hinojos,

Que á raudales por los ojos

Expresa la gratitud.

Y mientras el náuta llora

Y la Reina lo bendice,
Se aproxima el fraile y dice:
—¡Dios os lo pague, Señora!
Entonces con magestad
Álzase Colon del suelo,
Dirige la vista al cielo
Y exclama:—¡Todo es verdad!
¿Cómo no? Si tu fé ardiente,
Tu sola fé, bastaria
Para formar en un dia
Esas costas de Occidente!
Las barreras franquearé
Del asiático hemisferio.
La ciencia busca un imperio,
Sea su antorcha la fé.
Que allá á la poniente luz
Donde el Antártico brilla,
Hay tierras para Castilla
Y hay pueblos para la Cruz.
Y ciego por la emocion
Que lo embarga y lo enagena,
Del brazo de fray Marchena
Deja la tienda Colon.

EL TRIUNFO DE LA FÉ.

I

Diz la gente de Granada
Que fué su Alhambra moruna
Por las Hurís fabricada,
En una noche callada
Al resplandor de la luna.
Diz que en las altas regiones
Mahoma les dió el modelo,
El paraíso sus dones,

Puntillas el blanco cielo
Y el hirviente mar festones.

El alcázar esplendente
Tomó de un alba riente
Melancólico arrebol,
Y de una puesta de sol
Luz, color, vida y ambiente.

Para sus reyes crearon
Tan hermosa maravilla;
Y en esto se equivocaron,
Porque al fin la conquistaron
Los monarcas de Castilla.

Cayó el estandarte infiel,
Y en el alto chapitel
Del minarete caladó,
Clavó su pendon morado
La Católica Isabel.

Que allá sobre enhiesta roca
Camino de la Alpujarra,
Río de espuma la boca,
Leon sin dientes ni garra
Que ya su impotencia toca,

A los diurnos reflejos
Que hieren la alta colina,
Viendo lucir á lo lejos
Los pintados azulejos
De su Alhambra peregrina,

Surge la silueta airada
Del rey moro, sollozando,
Sobre la roca pelada,
Y en un suspiro enviando
Su último adios á Granada.

II

En la gran mezquita mora
De la Alhambra encantadora

Donde á Cristo se venera,
Se halla al despuntar la aurora
La Reina Isabel primera.

Rezando está con fervor
Ante la bendita Cruz,
Mientras del alba el fulgor
Esparce á su alrededor
Ténue y vacilante luz.

¿Por quién rezando estará
La reina tan de mañana?
¡Pia costumbre quizá!
¡Silencio! A decirlo vá:
Escucha á la Soberana.

—¡Señor y Dios de Israel
Que enfrenas la mar bravía,
No abandones su bajel,
Piensa ¡oh Dios! que van con él
Tu propia gloria y la mia!

No me ciega la ambicion,
No es terrenal egoismo,
Es que al ir á esa region
Lleva en su mano Colon
La antorcha del Cristianismo.

Es, Señor, que en mi sentir
En ese apartado suelo
Hay almas que redimir;
¡Almas que deben subir
Purificadas al Cielo!

¡Seis meses há que partió
El intrépido marino!
¿Qué fué dél? ¿En qué paró?
¿Llegó á tierra, ó pereció
En su desierto camino?.....

Dice, y dobla con pesar
La alba frente en el altar,
En cuyo lino sutil

Brilla, cual luna gentil
Sobre la espuma del mar.

Nueva oracion fervorosa
Emprende absorta y sin calma,
Mas de pronto misteriosa
Suena esta voz religiosa
En lo profundo de su alma:

Mitiga, dice ¡oh Reina! tus pesares
Y ante la fé tu corazon humilla,
Que ya tienes por rara maravilla
Tierras inmensas, pueblos á millares.

Roto el misterio de los anchos mares,
Bajo el noble estandarte de Castilla,
El Nuevo mundo magestuoso brilla
Y la Cruz del Señor en sus altares.

Haciendo ya la vuelta del camino
Torna Colon, trayendo á tu presencia
La victoria amarrada al frágil pino.

¡La mitad de ese mundo es de la ciencia!
¡La otra mitad se debe á tu destino
Y á la Fé que te dió la Providencial!

Calló la voz, y radiante
De alegría y de ventura,
Vió Doña Isabel delante
de sus ojos, la figura
Del inmortal navegante.

Y en febril exaltacion
Vé engastarse á su corona
El Mundo de otra region,
Y entrar Cristóbal Colon
Victorioso en Barcelona.

E. Luslómó.